



Tuinucú es un pueblo campestre donde todos conviven como una familia. / Fotos: Alien Fernández

Soy azucarero, no oficinista

Miguel Arcia Santana, alias el Burro, le conoce todas las cosquillas al central Melanio Hernández

Elsa Ramos Ramírez

Carga en su rostro las arrugas del desvelo. En sus manos, las marcas de las horas y los hierros. En su alma, las huellas del Melanio Hernández, el central al que entró con el vigor de sus años mozos y del que no se ha ido cuando casi ronda las siete décadas.

A este ingenio le conoce Miguel Arcia Santana, alias el Burro, todas sus cosquillas. Las buenas que le hicieron, antaño, fabricar el mejor azúcar de Cuba. Las malas que, como en los últimos años, detiene su ruido por horas y horas que, a él, le corroe el alma.

Es a ese silencio al que no se acostumbra el hombre cuya ejecutoria desdice su alias. Pocos le han tomado, como él, el justo punto al grano desde que la zafra 1972-1973 lo llevó al corazón del ingenio, ese que lo ensordeció desde que abrió los ojos en el Tuinucú de sus amores.

De azúcar le enseñaron en politécnicos de Cienfuegos y Morón. Pero las mejores lecciones las aprendió en las bocanadas del central al que entró como puntista; ahí se endulzó por 30 años. Por eso, solo tiene que verla para saber “si el azúcar está buena o mala”. Y te habla desde el magisterio de su sapiencia, que luego lo llevó a jefe de fabricación. “Pa que salga buena no es solo la materia prima, lleva rendimiento, tener conocimiento, facilidades de trabajo...”.

Le duelen hasta los huesos zafras como la última, golpeada por la falta de caña; “muchacha que traerla de lejos y eso para el central...”, oiga, uno sufre porque este ingenio está acostumbrado a hacer 45 000 o 50 000 toneladas y que de pronto haga como 20 000; eso me duele en el corazón de azucarero”. Y se le siente a flor de piel el orgullo; “que no cumplimos por causa de la materia prima, porque dentro de Cuba uno de los mejores centrales en eficiencia es este”.

Aún a sus 69 sigue plantado al lado del calor de los tachos, área (de purificación) que dirige ya casi a ojos cerrados, porque no entiende de mando sin tocar el grano “revisar los tachos, mirar las mieles,

la eficiencia; yo soy azucarero, no oficinista”.

No conoce del cansancio, dice. Por eso un día le llegó el tiempo del retiro y al otro ya era un jubilado reintegrado hasta unirse al ejército de los cincuentenarios. Además del apego y las fuerzas, otras urgencias le impusieron quedarse: “Los precios están súper elevados. Tengo en la casa una niña discapacitada, se le murió la madre y la mujer mía tuvo que hacerse cargo de ella y por mucho que gane aquí no me alcanza para comprar todo lo que ella necesita”.

No entiende incluso de otras opciones mejor remuneradas. “Es que esto es la vida mía”. Es lo que le hace levantarse todos los días a devorar ese Tuinucú que sabe de memoria y le atrae, aunque “sus calles no están tan bonitas como antes y eso lo extraño”.

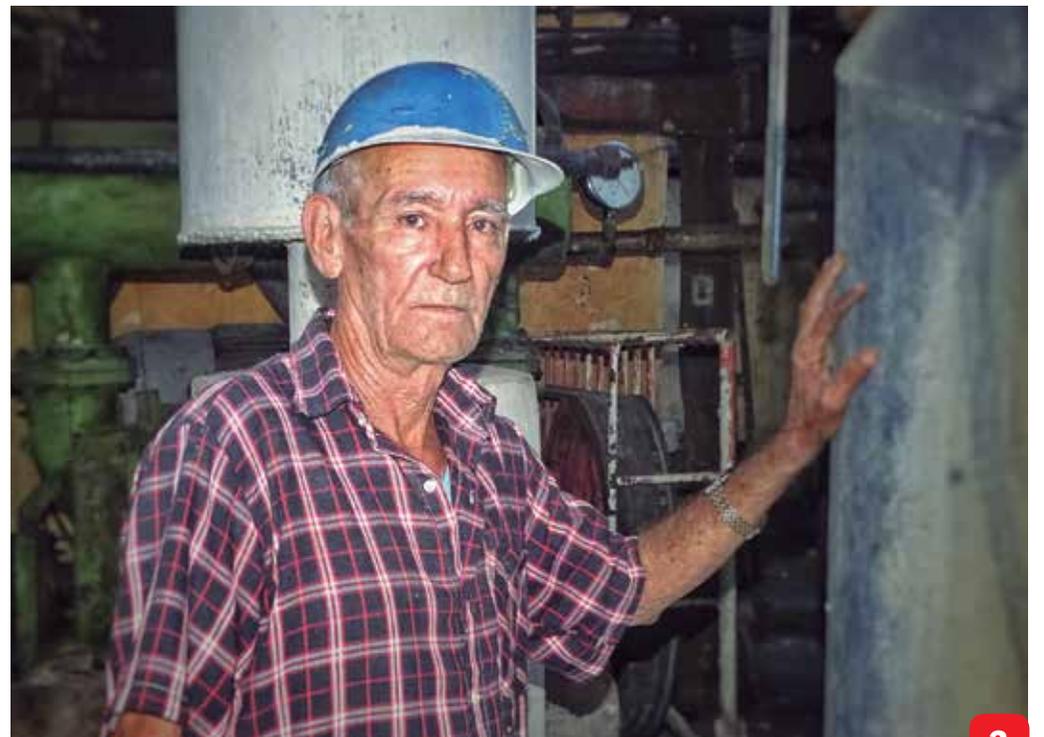
Y porque sabe que la caña se ausenta de los campos y peligra la existencia misma del central, a Miguel se le aguantan las palabras. “A lo mejor ya ni estoy en este mundo..., pero es difícil para el pueblo de Tuinucú que quiten el central porque es la vida de la gente de aquí, y la mía, principalmente”.

Y eso que “la vida del azucarero es dura, no tengo 70 años y ya parece que tengo 85”. Se toca las arrugas que no le dejan mentir y explica: “Los desvelos, el trabajo por turnos de toda la vida, primero por ocho horas que era más cómodo, después llegaron las 12 horas y a veces ni sabes qué tiempo ha pasado”.

Recuerda las tantas veces en el que el pito le llenó de colores los días porque cuando “es porque cumple, esa es la alegría más grande que puede tener un azucarero y cuando no cumple... ahí viene la tristeza”.

Justo cuando siente que el pesar le azuca el cuerpo, el Burro vuelve a sus andares —y a su lado, todos—, al pacto con los hierros porque la zafra se anuncia con sus traumas, sus desafíos.

Insiste la reportera que sigue sin advertir el alias de este hombre que lleva un central sobre los hombros: “Es que cuando me cierro un poco hay que hacer lo que yo diga, porque me gusta cumplir con mi trabajo. ¿Que si me hacen caso todavía? Pues claro”.



A sus 69 años de edad, Miguel sigue plantado al lado del calor de los tachos. / Foto: Alien Fernández

por las situaciones que existen, dan respuesta, gestionan con los administrativos y les exigen que nos atiendan”.

¿Hasta qué punto la empresa azucarera actúa en función de mejorar la vida de la localidad?

“Tenemos una relación tan estrecha que somos como una familia. Ellos se preocupan mucho por la comunidad, su mano está en todo lo que se hace aquí. Les nace ayudar para que el pueblo esté bonito, contento. Lo mismo apoyan con equipos y combustible para recoger basura, que haciendo una caldosa o prestando una planta para cargar los equipos de los vecinos en el apagón. No tengo que ir a pedirles, ellos me llaman para dar. Es una relación muy especial”.

CLAROSCUIROS DE TUINUCÚ

En Tuinucú conviven alrededor de 4 820 habitantes, quienes entre sus orgullos también muestran una de las mejores plantas de derivados de Cuba, servicios médicos extendidos y muy profesionales, una escuela primaria de referencia, el liderazgo femenino de muchas áreas, un ambiente acogedor y ese engranaje colectivo que siempre los ayuda a respirar.

“Tenemos una matrícula de 319 niños, incluida un aula anexa de 12 estudiantes con necesidades especiales. Aunque la cobertura docente está un poco inestable, en estos momentos solo me falta una coordinadora de ciclo. Tenemos buena asistencia, pero nuestra comunidad es compleja, es una de las que tienen un foco rojo en el municipio”, reconoce Ada Julia Aquino, directora desde hace casi una década de la escuela primaria Melanio Hernández.

¿Qué problemáticas sociales presenta la comunidad que inciden en el desempeño de sus alumnos?

“Por ejemplo, personas que no trabajan, alcoholismo, indisciplinas sociales, violencia y todo eso transcurre en los hogares de nuestros niños, que a veces se afectan y presentan problemas de aprendizaje. Somos la escuela que más alumnos ha promovido a la enseñan-

za especial. Hemos identificado a 33 familias vulnerables, a las cuales les damos atención diferenciada. Muchas presentan problemas económicos y las ayudamos con el servicio de seminternado. Aquí trabajamos bastante unidos, en red, como se quiere”.

Por su parte, los trabajadores sociales mantienen seguimiento a 26 jóvenes desvinculados del estudio y el trabajo, a una veintena de ancianos que se alimentan en el comedor del Sistema de Atención a la Familia con una oferta bien elaborada, a 14 núcleos que reciben prestaciones monetarias y algunos recursos, a algunas madres con tres hijos o más, entre otras problemáticas.

En la bodega de la esquina del parque, esta mañana se cocinan otras inquietudes cotidianas de los lugareños: que si la casilla es chiquita para tantos consumidores, que el combustible de cocinar no ha entrado más nunca ni los huevos tampoco, que la leche en polvo la dejan en Zaza del Medio, que si los muchachos no tienen cómo trasladarse para llegar a tiempo a la escuela.

Porque, aunque en general el transporte de la comunidad cuenta con un ómnibus para la ruta hacia Sancti Spíritus y otro para Taguasco —con dos salidas diarias cada uno—, cuando falta el tren estas opciones resultan insuficientes para que más de un centenar de alumnos de secundaria, preuniversitario y politécnico lleguen a tiempo a Zaza del Medio, donde radican sus centros escolares.

Más allá de estos claroscuros, a la sombra de los árboles y casi a orillas del majestuoso río donde se estableció para siempre, Tuinucú voltea cada día otra página en su calendario y en cada recuento siempre emerge su ingenio, como una pilastra contra viento y marea.

Esa industria que, bien lejos de su esplendor productivo, incluso en esta última zafra —de las más angustiosas que se recuerden aquí—, mantuvo decorosos indicadores económicos, energéticos, de eficiencia y calidad, con un ingrediente tan sustancial como el cañaveral mismo: la vergüenza y profesionalidad de su gente.